

algo tampoco puede ser aprobado por la estética natural; y, recíprocamente, lo que resiste al juicio de ésta, no puede ser ordinariamente prohibido al artista cristiano. Claro está que el lugar y las circunstancias limitan á éste. Cuando el arte deba ser puesto al servicio de lo que es santo y sagrado, ha de ser comprendido y ejecutado de modo distinto que si se trata únicamente de fines profanos. El artista encargado de representar en bronce, en una plaza pública de su ciudad natal, un santo que fué al propio tiempo un gran sabio, debe naturalmente representarlo de un modo completamente distinto que si lo esculpiese en piedra sobre su tumba ó en madera sobre un altar.

Vemos por esto que el arte cristiano tiene la misma doble misión que la ciencia sagrada y la vida cristiana en general. El sabio cristiano tiene el derecho de cultivar todas las ramas de un estudio humano legítimo; el cristiano puede aceptar todo empleo y todo trabajo que se concilie con el honor y la virtud del hombre. Pero hay también un segundo campo más elevado, el cual nos ha sido abierto únicamente por la Revelación, y comprende las verdades sobrenaturales de la fe y las virtudes cristianas y sobrenaturales propiamente dichas. Éstas constituyen el objeto propio de la doctrina referente á Dios. Si las verdades naturales son aquí proclamadas, é inculcadas las virtudes de la vida ordinaria, debe hacerse esto siempre de un modo especial, es decir, teniendo en cuenta la empresa sobrenatural del cristiano.

Lo mismo se aplica exactamente al arte. En ninguna época ha limitado jamás la Iglesia á este último, aun cuando se tratase de su culto, en tal forma, que le haya prohibido todo lo que mira á la estética profana; pero con razón exige que nadie use de esta libertad sin tener en cuenta los miramientos debidos á la dignidad de la casa de Dios, al culto de Dios y al fin de la vida cristiana. Por eso debe insistir, como es completamente natural, en que el arte, allí donde debe y quiere manifestarse como arte cristiano propiamente dicho, tenga en cuenta el aspecto

cristiano, es decir, el aspecto sobrenatural de la religión; por consiguiente, para que elija, como objeto, la representación de las doctrinas y hechos de la Revelación, así como los modelos de la vida cristiana.

La primera empresa del arte cristiano consiste, pues, en procurar apropiarse el contenido dogmático y moral de la Revelación, empapando en él su espíritu y su corazón en el mayor grado que le sea posible. Hablamos del artista cristiano. Grave error es pensar que los preceptos del Cristianismo conciernen únicamente al cristiano, y no al artista como tal, siendo una gran ilusión pretender que el Cristianismo tiene por exclusivo dominio la religión y la moral, y que no se refiere para nada á lo estético. Desgraciadamente, de tal modo se halla difundida esta manera de ver, que uno de nuestros autores más populares, el cual ciertamente no ha escrito una línea sin que fuesen puras sus intenciones, ha llegado á atacar así, de un modo soberanamente injusto, toda la vida artística de la Iglesia, llegando hasta el extremo de dejarse arrastrar á una afirmación que, si se tomase en serio y se desarrollase lógicamente, arrebataría todo el campo de la civilización al Cristianismo para entregárselo al mundo profano. «Es— afirma Alban Stolz, pues á él nos referimos— una invención mentirosa, inspirada por un celo ciego por la Iglesia, el pretender que el Cristianismo ha elevado el arte y aun lo ha perfeccionado. El arte es un bien puramente temporal al alcance de los buenos y de los malos. Los santos se han ocupado siempre muy poco en estética. Ninguna obra maestra de arte cristiano, sin exceptuar de ellas la más hermosa catedral gótica, puede compararse con un templo pagano como el Parthenon, y los clásicos paganos Schiller y Goethe son, sin duda alguna, poetas más grandes que Geibel y el autor de *Amaranto* y de la *Mesiada*—¡como si estos fuesen los más grandes artistas cristianos!—Así, pues,—concluye—el arte no pertenece á la naturaleza de la Iglesia, como tampoco Jesucristo sobre la cruz, objeto de nuestra mayor veneración, es bello, esté-

ticamente hablando; es, pues, soberanamente superfluo que hombres pertenecientes á la Iglesia aspiren á convertirse en artistas.»<sup>(1)</sup>

Esta declaración, hecha en el tono contradictorio y paradójico propio de este autor, encuentra una explicación y una excusa en la lucha legítima contra esas exageraciones que quisieran hacer evaporar el Cristianismo en lo romántico y en la pedantería elegante. Ciertamente, la religión es algo más que la estética, y el artista en manera alguna es un pontífice. Sin embargo, la estética forma parte de la vida cristiana, y el artista tiene la misión de ayudar al sacerdote en su enseñanza y en los esfuerzos que hace para ennoblecer y purificar el corazón y las costumbres. Ahora bien, para que pueda hacer esto, debe atesorar la misma fe y el mismo espíritu que aquéllos por los cuales el sacerdote enseña y obra.

Acabamos de tocar con esto un punto que nos descubre la segunda misión del arte cristiano. El arte es igualmente un medio, y no el último, del cual se sirve la Iglesia para desempeñar su papel de educadora del género humano. Nadie afirmará en serio que el arte forma parte de la naturaleza de la Iglesia, y que el Cristianismo no puede existir sin este sostén; esto equivaldría á confundir el medio y el fin, la materia y el ornamento; pero se trata de algo muy distinto.

Sabemos que no puede bastar á la religión cristiana ejercer su poder sólo en el interior del hombre, sino que debe también penetrar de su espíritu al mundo de los sentidos y la conducta externa del ser humano. Con demasiada frecuencia hemos dicho que, aun para ennoblecer al espíritu humano, no puede prescindirse de medios sensibles. Pero es imposible perfeccionar por modo igual al hombre completo, es decir, al hombre interno y al externo, si no se vale uno de todos los medios con los cuales pueda obrar sobre el corazón, la imaginación y la sensibilidad, lo mismo que sobre el espíritu y la voluntad. Ahora bien, sin

(1) Alban Stolz, *Besuch bei Sem, Cham und Japhet*, (4) 43 y sig.

duda alguna, el culto de lo bello tiene su importancia entre estos medios. Si, pues, las costumbres externas, las instituciones de la vida y la civilización entera de la humanidad deben ser penetradas del espíritu cristiano, el arte no puede ser suprimido del número de los medios de educación cristiana. Si el Cristianismo no ha resuelto por completo su misión mientras no se haya apoderado del hombre completo, y lo haya ennoblecido, lo que entraña, por consiguiente, el aspecto sensible de éste, el espíritu cristiano tiene el sagrado derecho de recurrir al arte en el campo de su actividad. Pero también, en este caso, es deber del arte cristiano obrar de modo que se convierta en medio para obtener los fines de la educación y de la religión.

Si, con esto, hemos señalado la segunda empresa de la estética cristiana, existe todavía otra tercera, y es la más difícil.

Que existe una contradicción, y una contradicción profunda, entre el idealismo y el realismo, entre el espíritu y la sensualidad, entre lo que atrae al hombre y aquello á que aspira, y que es muy difícil de nivelar todo esto, he aquí lo que no negará nadie que haya reflexionado en cosas de arte. Si hay un hombre—hablamos de un hombre de aspiraciones elevadas—que pueda darse cuenta de la corrupción profunda que se ha arraigado en nosotros, es ciertamente el artista. Con suma frecuencia, sin duda, se apaga la discordia que existe en nosotros, sacrificando el espíritu á la carne, y la tendencia á la purificación y á la elevación, á las inclinaciones de los bajos apetitos. Á esto se le llama reconciliar el espíritu y la naturaleza; pero saber si la misión del arte queda realizada con esto, y tranquila la conciencia, y satisfecho el espíritu, y amable y perfecto el hombre, he aquí cuestiones á las cuales es fácil responder.

¡No! Si el espíritu y la sensibilidad quieren celebrar la verdadera fiesta de la reconciliación, preciso es que lo bajo se someta á lo más elevado, que la carne se subyugue al mandamiento del espíritu. Inútil ofrecer largas pruebas de que esta empresa tan difícil jamás ha sido suficientemente

realizada por medios puramente naturales. La mayor parte no quieren reconocer este medio, y, con mayor razón, hacer uso de él, y el corto número de los que caminan seriamente por esta vía es para nosotros la mejor prueba de que, con medios simplemente naturales, la perfección no es posible.

Como frecuentemente sucede, también aquí el camino más elevado es al mismo tiempo el más seguro y más fácil. Considerada la cosa en sí misma, nada parecerá más difícil que revestir lo natural y lo sobrenatural, las verdades y los preceptos, no sólo de la razón, sino también de la fe, de formas externas tan bellas, que el espíritu natural del hombre, lo mismo que las exigencias sobrenaturales y las doctrinas de la Revelación, así como la vida de los sentidos, queden completamente satisfechos y en perfecta armonía. Pero esto, aunque difícil, se realizará, no obstante, más fácilmente que la obra, más sencilla en sí misma, de asociar ideas naturalmente verdaderas y nobles á formas naturales de artes.

La razón es clara. En ninguna parte la corrupción que ha penetrado en nuestra naturaleza se manifiesta en mayor grado que en el dominio de la sensibilidad. Con frecuencia asignamos justamente mala significación á la palabra sensibilidad. El hombre, cuya naturaleza sensible debe desde luego estar sometida al espíritu,—lo que, como todo el mundo sabe, no se consigue sin luchas muy serias—quizás pueda defenderse de los ataques ordinarios de una grosera sensualidad; pero si ésta se le muestra en forma refinada, el peligro es grande, por no decir excesivo. (1) Pues bien, esto es lo que con mucha frecuencia ocurre en el arte, y de aquí que tantos nobles espíritus caigan en este lazo, y se forjen la ilusión de creer que esto no es una caída, sino antes bien una elevación del espíritu. Así es como el hermoso nombre de arte se convierte desgraciadamente con mucha frecuencia, para innumerables almas, en tumba de la que jamás resucitan.

(1) Cf. Parte II, VIII, 8.

Sólo hay un remedio para este gran mal. El arte natural y la estética del Humanismo no ofrecen protección alguna contra él, no sólo porque no pueden oponer un contrapeso á la sensualidad desenfrenada, sino porque, en general, ni siquiera lo quieren, se mofan de toda tentativa de esta especie, como de un prejuicio estúpido, y la proscriben como un obstáculo al arte. Por esta razón, pues, no hay arte sin peligro, ni hay arte que verdaderamente ennoblezca al hombre, y lo eleve por encima de sí, excepto el que está verdaderamente animado del espíritu cristiano.

Hay dos verdades fundamentales en el Cristianismo, sin cuya aceptación y consideración jamás se obtendrá un arte cristiano. Primeramente la doctrina que el Humanismo considera como más odiosa, la doctrina, ó mejor, el hecho, de que la sensibilidad del hombre está corrompida, y no puede mejorarse más que por una disciplina y una limitación severas; y en segundo lugar, el principio de que nada es natural, verdadero, bello y bueno, si está en contradicción con la verdad, la bondad y la belleza sobrenaturales, de suerte que todo arte debe sacar, sin perjudicar á su independencia natural, sus últimas reglas de la Revelación y de la legislación sobrenaturales.

Sólo cuando estas dos doctrinas fundamentales son aceptadas, es verdadero el cuarto y último precepto de los relativos al arte cristiano, precepto que, por otra parte, no es una nueva empresa para él, sino una consecuencia de lo que ya se ha dicho. El fondo y la forma, por opuestos que sean, deben unirse, de tal suerte, que el conjunto, el todo, se nos ofrezca como una obra animada y viviente, como una obra en la cual un espíritu sobrenatural más elevado nos hable en forma natural, conforme con la naturaleza y respondiendo á ella.

No hay que decir que, desde este punto de vista, el espíritu es lo que hay siempre de más importante. La estética natural concede demasiada importancia á la forma externa, y olvida con demasiada facilidad la naturaleza

interna, al prodigarle semejante admiración. No es difícil encontrar pruebas de esto en muchas obras maestras muy admiradas. Tomemos, por ejemplo, algunos discursos griegos y algunas poesías francesas, y leámoslos diez veces; nos encantan lo mismo la décima que la primera vez; pero traduzcámoslos con todo el cuidado posible á nuestra lengua, y hallaremos que no significan nada. Esto es fácil de comprender: lo que nos encantaba era el esplendor y armonía de la forma griega, la delicadeza inimitable de la forma francesa, y en esto consistía casi todo; pero, evaporado este aroma, lo que resta no dice casi nada. Mas si traducimos un pasaje de un Padre de la Iglesia, ó de un poeta de la Edad Media, que desde luego nos ha parecido mediano; si lo retocamos, dándole una forma más elegante y más en armonía con nuestro gusto, con frecuencia no podemos dejar de asombrarnos de la manera cómo de repente ha conquistado nuestra simpatía. Esto es muy claro; se trataba de una materia de las más compactas, que no podíamos apreciar á causa de su forma amanerada ó descuidada; pero desde el momento en que lo exterior responde mejor á lo interior, este trozo se nos ofrece en toda su belleza.

Desgraciadamente, los artistas cristianos no siempre han caído en la cuenta de que la mejor naturaleza tiene necesidad de una forma que se armonice perfectamente con ella, para producir debidamente su efecto; de lo contrario, hubieran obtenido aún éxitos mayores que los que han conquistado. Con toda razón puede decirse que la forma es cosa secundaria, puesto que sólo es un medio para llegar al fin, del mismo modo que es justo decir que, si uno no puede dominarlos suficientemente, hará bien en dar la preferencia al espíritu, en vez de cultivar la forma por modo superficial, como lo hace el mundo, y descuidar el fondo. Pero si es cierto también que las ideas cristianas tienen derecho á exigir de nuestra parte que las revista- mos de una forma que encante y convenza, es igualmente cierto que el arte cristiano—el cual, ciertamente, no es el

menor entre los medios de predicación y de defensa del Cristianismo—no cumple su misión, sino cuando ha llenado esta última obligación.

**4. ¿Ha cumplido ya su misión el arte cristiano?—** ¿Pero ha realizado esta empresa? Responderemos á esta pregunta con tres principios. Desde luego puede dar pruebas de que ha aspirado sinceramente á la realización de esta empresa, pero en manera alguna puede gloriarse de haber alcanzado su objeto. En segundo lugar, ha logrado más ó menos su fin en muchos dominios, singularmente en la arquitectura, en la música, en la lírica; pero en los demás, está muy distante todavía de haberlo alcanzado. Finalmente, y en tercer lugar, allí donde ha realizado obras perfectas, con frecuencia ha retrocedido, al distanciarse de la pureza y de la severidad de los principios de la Iglesia, y al dejarse imponer por la estética profana puntos de vista que le han sido más funestos que á aquélla.

Difícil es encontrar un campo donde los éxitos aparentes y momentáneos de tendencias perversas obren por manera más sugestiva, donde la burla, la fanfarronada orgullosa, el menosprecio del Humanismo, de la crítica y de la opinión pública, de que dispone, sean más aplastantes, donde la cuestión execrable del dinero, y el efecto todavía más deplorable del viejo Adán, es decir, de la carne, paralicen y enerven en mayor grado las más nobles tendencias, que en el nuestro.

Pero no siempre es falta de los artistas si el arte cristiano no alcanza la elevación debida, ó no se mantiene en ella. Si los que pueden con sus esfuerzos personales restablecer una crítica más justa y una opinión pública mejor, se callan por falta de interés y de estudio, y llegan hasta el extremo de fomentar la difusión de los principios del Humanismo; si los que deben sostener el arte, lo oprimen por mal gusto ó por indiferencia; si los que tienen todo lo que es preciso para purificar el gusto del pueblo cristiano, no hacen más que corromperlo aún en mayor escala, no hay

que asombrarse de contemplar tan tristes acontecimientos.

No acusamos particularmente á nadie, antes confesamos que todos tenemos la culpa, si el arte cristiano no ha llegado todavía á la altura que debe alcanzar, si no es tan perfecto como podría y debería serlo. Démonos, pues, todos la mano, para prometer hacer sobre este punto nuevos esfuerzos, y para proseguir con redoblado celo el cumplimiento de nuestras obligaciones.

**5. La música.**—Si entramos en detalles, podemos decir que en el dominio de la música es donde el arte cristiano ha realizado mejor su empresa.

Si esto es cierto, no resulta de ello poco honor para el espíritu del Cristianismo y de la Iglesia, porque, entre todas las bellas artes, la música es la más difícil de dominar, ya que es la más difícil de libertar de las cadenas de la fantasía y de la pasión, y la más difícil de sujetar al yugo de la razón.

La prueba de ello nos la da el arte mismo; y así, un ilustrado crítico dice que nadie puede discutir sobre este arte, por cuanto no ofrece puntos de vista que puedan ser aceptados por todos. La historia de la estética musical es una verdadera historia de miseria; disputas continuas, pero casi ningún resultado positivo. <sup>(1)</sup>

Pero precisamente esto alivia el trabajo del estético y del crítico, pues le ahorra muchas consideraciones inútiles y le pone de manifiesto la duda sobre la existencia de una indiscutible ortodoxia musical.

La música es el arte más antiguo y primitivo, <sup>(2)</sup> el primero que se despierta en el hombre, aquél cuya influencia se hace sentir aun en los hombres y pueblos más groseros; pero es, sin disputa, el más peligroso de todos. Ningún arte ejerce, por naturaleza, una influencia tan considerable sobre nuestra parte sensible; ninguno excita tanto los bajos instintos del cuerpo y del espíritu; <sup>(3)</sup> ninguno ejerce

(1) Riehl. *Culturstudien*, 391.

(2) Genes., IV, 21.

(3) Thomas, 2, 2, q. 91, a. 2, ad 4.

sobre el carácter una influencia tan enervante y corruptora; ninguno produce tan fácilmente efectos desmoralizadores, porque—cosa que muchos parece que ignoran—hay también una música inmoral; <sup>(1)</sup> ninguno conduce con tanta facilidad á crearse un mundo imaginario y á descuidar el mundo real; ninguno induce tan á menudo al desorden, al olvido del deber, al delirio; ninguno hace á los hombres tan irritables, tan rebeldes á toda enseñanza, tan presuntuosos, tan caprichosos, tan ambiciosos, tan insoportables. <sup>(2)</sup> En todo caso, se puede afirmar de la música moderna que su desenfreno, su excitación, su inquietud, sus saltos continuos de un extremo á otro, su agitación en los sonidos más groseros, producen la misma enfermiza nervosidad que la lectura de las novelas sensacionales. <sup>(3)</sup>

La música conviene perfectamente á la primera educación de los hombres y de los pueblos, pero con la condición de que se use con moderación y prudencia, <sup>(4)</sup> ya que, empleada sin medida y sin gravedad, es perniciosa.

La música es un ensayo para hablar; es el oportuno auxilio allí donde un pensamiento no está todavía bien desarrollado, y allí donde falta la capacidad para darle la expresión conveniente.

Ante todo, despierta la imaginación, y esto es lo que constituye su fuerza y su mayor peligro. Así, pues, cuanto más formado está el hombre, el carácter, el pensador, más frío se muestra con relación á ella. <sup>(5)</sup> Á lo más, se sirve de ella para disipar su fastidio, como distracción para reposar de un trabajo intelectual fatigoso. Pero desde que da un paso de más en el goce de este placer, siente inmediatamente que ha perdido todo gusto y toda energía

(1) Plato, *Rep.*, 3, p. 399, c. Aristot., *Polit.*, 8, 5, 8; 6, 5; 7, 9. Diodor., 1, 81, 7. Quintil., 1, 10. Clem. Alex., *Pædagog.*, 2, 4. Basilius, *De legendis libris* c. 7. Hieron., *In Amos*, 65. Augustin., *Doctr. christ.*, 4, 7, 19. Joannes Saresber., *Polycrat.*, 1, 6. V. más arriba XIV, 15, 1.

(2) Antonin., 3, l. 8, c. 4, § 12.

(3) Klassert, *Die Musik als Erziehungsmittel*, 28.

(4) Aristot., *Polit.*, 8, 5, 10; 6, 4. Chrysostom., *In ps.* 150. Thomas, *Polit.* l. 8, l. 1, § 1; 1, 2, § a. y sig.

(5) Aristot., *Polit.*, 8, 6, 2. Augustin., *Musica*, 1, 4, 5.